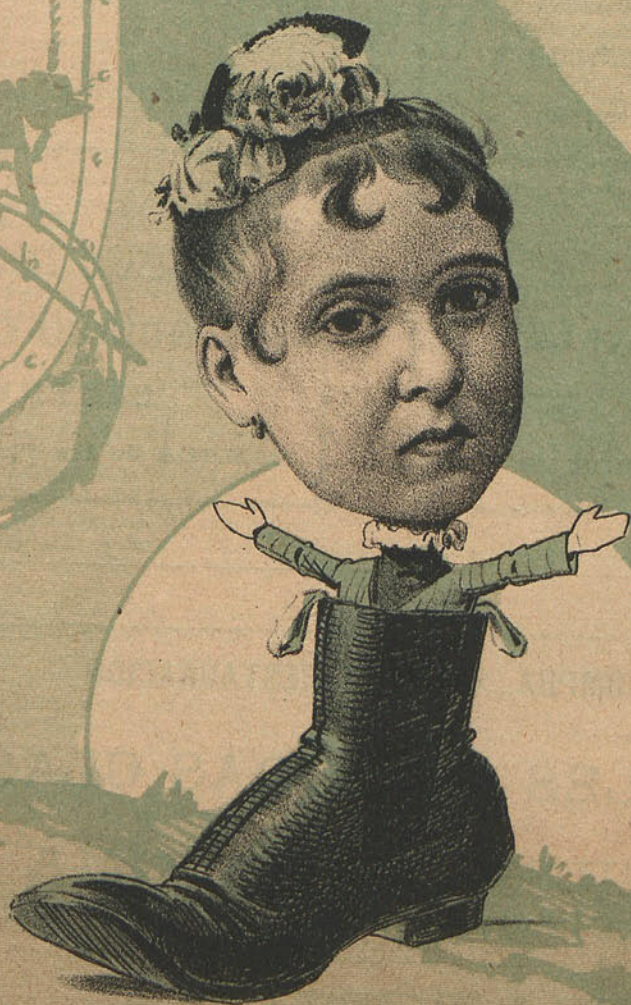


La Mosca Blanca



— A N U N C I O S —

Champagne legítimo de S.^t Hilaire (Francia)

À 4 PESETAS BOTELLA

OSTRAS DE SANTANDER À 8 PESETAS EL CIENTO

COLMADO DEL CRÉDITO: PASAJE DEL CRÉDITO, 5

COLCHONERÍA

DE

Ferrer y Compañía

Ronda de San Antonio, 80.

Salon Plasencia

Calle de Fernando n.º 11, entresuelo

LITOGRAFÍA

MAGIN PUJADAS

AUSIAS MARCH 99.

FRANCISCO OLIVAS

SASTRE

RAMBLA de las Flores, 11, 2.º

COMPRA, VENTA Y RESTAURACIÓN

DE

MUEBLES DE TODAS CLASES

QUINTANA Y COMA

Calle del Consulado, 31, ANTIGUOS ENCANTES

BARCELONA

La Mosca Blanca

Director: Marcial de los Ríos.

Los Miércoles de La Mosca

¡Y qué miércoles el que se acerca, para que uno tenga humor (por lleno de lobanillos que esté) de decirles á Vdes. lo que pasa, que después de todo es lo mismo de todos los años á estas horas!

¿Quién escribe hoy, quién trabaja hoy, quién come hoy (sobre todo si ya ha comido y ha comido bien) cuando el que más y el que menos está en vísperas de que le caiga el gordo, que este año nos va á caer á la mitad de los españoles y aun de los gallegos del lado de acá y del lado de allá de... todas partes?

Y ya supondrán Vdes. que no hablo de ningún senador vitalicio ni de ningún tendero con vistas á ultramar, que para que le revienten á uno todos los callos que usó ó le deshagan de un empujón todas las esquinas de los huesos, sobran gordos y sobran brutos de todos los tamaños; me refiero á ese gordo más deseado que viejo rico y sesentón por una corsetera trapisondista ó por cualquiera trapisondista aunque no sea corsetera (que para el caso todas las mujeres tienen de corseteras el corsé); á ese anhelado premio mayor del que tenemos tantos pendientes todas las trampas del año que acaba y todas las del que va á empezar.

En todas partes, á todas horas, no se oye hablar de otra cosa que del gordo, y hay quien no daría su participación de una peseta en el número 100, por seis reales y quince céntimos. ¡Qué proyectos! ¡Qué sueños! ¡Qué perspectivas tan hermosas!...

—Mira,—dice la cariñosa esposa al marido fiel, aunque cesante y feucho:—Hay que comprar una talega usada para teñirla y arreglarle unos pantalones á Canutín, que desde el día en que le mordió el perro del alcalde de barrio, que como comercia en trapos viejos lo tiene amaestrado, y se le llevó toda la parte de atrás, va el chico con la camiseta fuera como si tuviera diez años, y vuelve siempre á casa como si trajera escondido un queso de bola, y va á pillar el día menos pensado una pulmonía.

—No, mujer; no la pillaré por ahí; pero de todos modos pierde cuidado: en cuanto salga eso nos vestiremos todos.

—¿Y cuándo vamos á comprar el pavo y los turrónes? Ya sabes que si no tenemos un poco

de guirlache para mamá vamos á tener este año una como la del año pasado y te vas á quedar sin la otra oreja.

—Déjalo, mujer: ya lo compraremos todo después; ya sabes que hoy no tenemos más que aquellas dos pesetas borrosas, y unos céntimos sueltos...

—¡Ay, Tiburcio! Pues si no nos toca, verás el disgusto que vamos á tener con mamá.

—¡Ya nos tocará, mujer! Algo nos ha de tocar. Y además, que este año, lo primero que se pone en la mesa es el revolver...

Y así sucesivamente.

Y como si con esto no tuviera uno con que entretenerse, y el que no tuviera esto no tuviera otras cosas parecidas, ni para esperar el gordo con tranquilidad y tener tiempo de distribuir el dinero y echar cuentas, nos deja tiempo esa nube de seres compasivos y buenos de suyo que no puede pasarse sin desearnos en la parte de atrás de un cromó, unas pascuas felicísimas, aunque envueltas en letras de molde, y, ¡horror! hasta en forma poética.

¡Tilin!... ¡Tilin!

—¿Quién es?

—Servidor. ¿Están Vdes. bien?... Me alegro mucho ¿Y la familia?

—Soy solo.

—No importa; también me alegro. Lea usted esto bien y vea si tiene voluntad. Soy el carcelero de la cárcel de... tal, que viene á deseárselo felices pascuas y á ver de qué tiene voluntad.

—Pero, hombre: si yo no he estado nunca en la cárcel!...

—No importa; puede V. ir de un momento á otro...

—Bueno; pues ya le daré á V. algo cuando nos veamos por allí.

—Es que lo necesitaba ahora.

—Es que ahora no tengo ni un céntimo.

—Lo que no tiene V. es vergüenza.

—¿Yo? ¿yo?...

Yo no he visto esto y no creo que haya pasado, pero pasará.

Vaya si pasará.

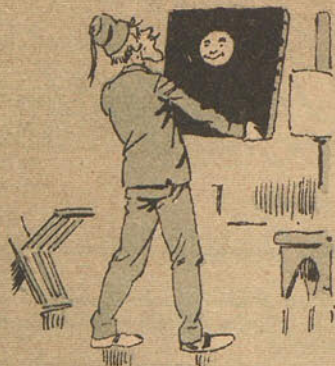
Tuviera yo tan seguro el gordo ese que espero para comprar el pavo!...

Que lo coman Vdes. á gusto y que no les suceda lo que me sucede á mí todos los años.

Que yo no me como nunca más pavos que el de la lotería.

MARIO.

PRESENTIMIENTOS, por Cilla



—¡Hermoso efecto de luna me ha resultado! este efecto de luna pasará a la posteridad.



—Me parece que han llamado.



—Decididamente, han llamado.



—¡Amigo don Facundo!
¡Qué agradable sor. presa!



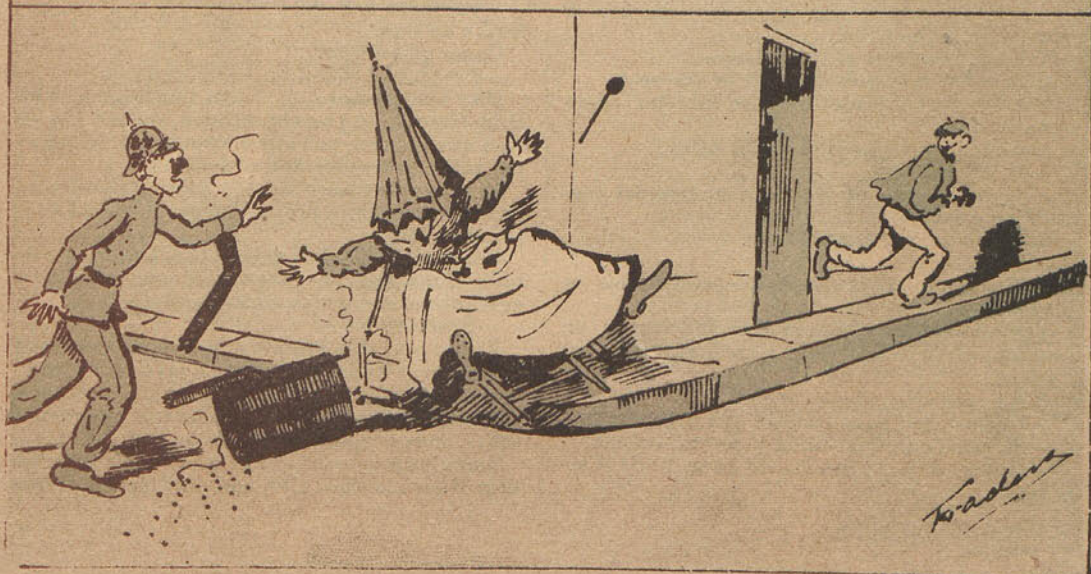
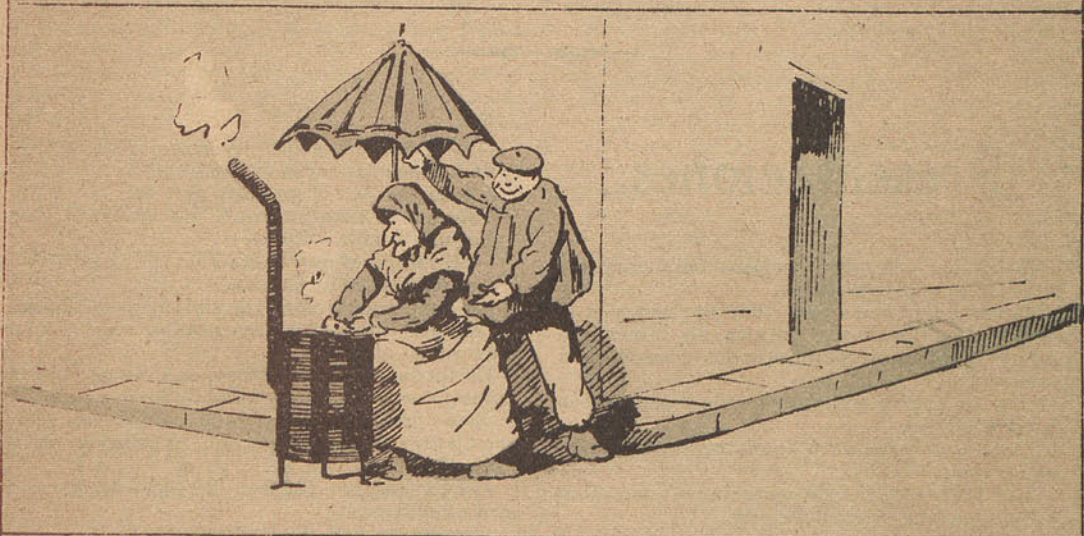
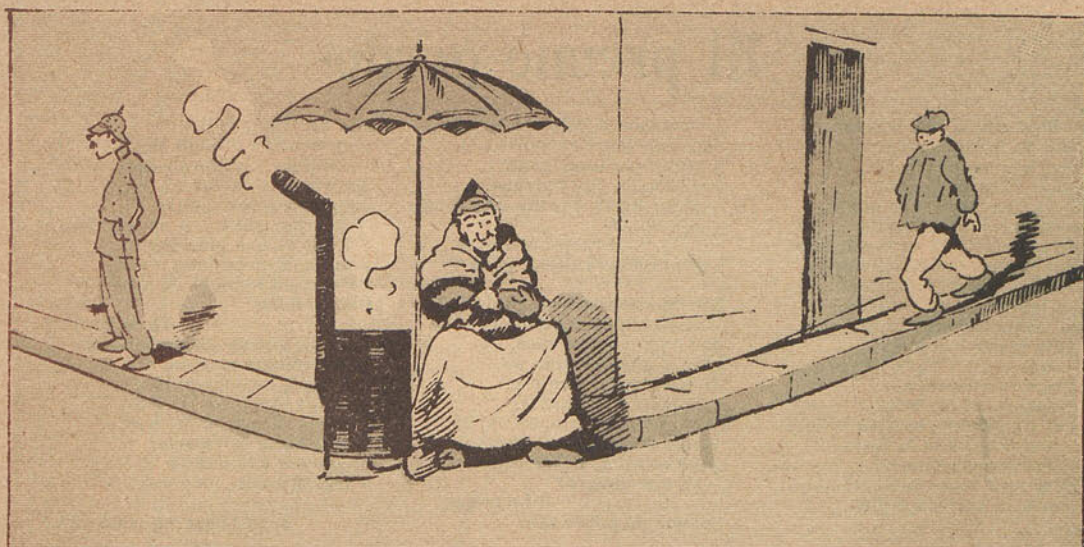
—Siéntese V., siéntese V.
Y se sentaron un rato.



Y al marcharse don Facundo, el pintor pudo convencerse de que su presentimiento era cierto.

—Su cuadro había pasado a la posteridad...

DAR LA CASTAÑA... A LA CASTAÑERA, por *Fradera*



El premio gordo

Bien puedo yo asegurar que no es fácil que se vea una muchacha tan fea como Cristina Espinar, y como además es pobre, ninguna duda os asalte de que á ella en novios le falte lo que á las demás les sobre.

Cifra su esperanza toda en pescar algun chiflado, lo bastante enamorado para llegar á la boda; mas como ve que por ella ninguno se casaría, piensa que la Lotería, con un premio, la hará bella.

Y siempre con la ilusión juega la pobre mujer, pero ¿qué logra obtener? Nada, ni aproximación.

De esto enterado me hallaba, pero anoche la encontré y asombrado me quedé oyéndola lo que hablaba.

—¿Sabe usted que me he casado —¿Cómo...?

—Gracias al dinero. —¿Pues no era usted! pobre?

—Pero por fin ser rica he logrado.

Una antigua compañera que hace poco se casó, tuvo el gusto de que yo de madrina le sirviera.

Fuimos á la Vicaría, y allí en la puerta, un vejete vino á ofrecerme un billete (que compré) de lotería.

—¿Y qué obtuvo? —Lo mejor, porque de pobre salí;

cou un billete coji ¡el gordo! ¡el premio mayor!

Después, cierto caballero me vino á solicitar, luego me llevó al altar y hoy me adora... y yo le quiero.

El no es una gran figura porque es demasiado obeso, pero es un hombre de peso. Diez arrobas!

—Ya es gordura.

—Total, que en mi desconsuelo pedía solo un marido, ó dinero; he conseguido mis dos caprichos; el cielo á mis ruegos no fué sordo, llegué hasta la Vicaría, jugué allí á la lotería y logré pescar... el gordo.

JUAN LORENTEDE URRIZA.

Presentaciones

Una de las prácticas sociales más enojosas es la de las presentaciones.

Sin embargo, como para todo hay gente y el número de caprichos es infinito, no faltan caballeros que se mueren porque los presenten á cualquiera.

Para los hombres oscuros cada presentación es un martirio.

Para los que se pasan de listos hay presentaciones muy útiles.

Para los tontos las presentaciones son otros tantos motivos de satisfacción.

—Tengo el gusto, marqués, de presentar á usted á Fulano de Tal.

Y luego continúa el formulario:

—El señor marqués de... (de lo que sea).

Los dos recién presentados se saludan como si se conocieran.

—¿Usted habrá leído algo del señor?

—Sí, alguna cosa.

—Es el que hace los fondos y sueltos del juzgado de guardia en....

Esto añade el intermediario.

—Ya lo creo.

O bien, cuando alguno de los presentados es pintor:

—¿Conocerá usted un cuadro que expuso en un escaparate de la tienda carbonería de la calle de...?

—No recuerdo.

—Como usted pasa por allí con frecuencia...

—Sí, paso con frecuencia y con mi señora.

—Representa la muerte de Juan V de Castilla.

—¿Quinto? No recordaba que hubiesen llegado á cinco los reyes de ese nombre.

A esto observa el modesto artista:

—Es que el señor marqués no recuerda que hubo un Juan de Juanes.

—Sí, pero creí que había sido arquitecto.

—Bueno, pero se cuenta.

En las presentaciones hay plan, generalmente, cuando uno de los presentados vale mucho más que el otro.

Es verdad que, en estos casos, no se cuenta como presentado más que al de menos valía.

Estas presentaciones de personas son muy semejantes á las de perros, caballos y otros animales.

Por lo cual me parecen las más molestas y aun ofensivas.

—Presento á V. E. (ó á quien sea) á don Zutano de Cual.

Como quien dice:

—Presento á usted un bicho raro.

Hay ciudadanos que tienen tan desarrollado el instinto de la presentabilidad, que no parece sino que cobran por alguna sociedad de seguros sobre la fraternidad universal.

El mayor número de las presentaciones no sirve si no es para proporcionar molestias á los presentados.

Conocerán ustedes, como yo, á sinnúmero de individuos que en cuanto les ven saludar á cualquiera no pueden conterse y suplican.

—Preséntame.

Tengo por sistema presentar mutuamente á cuantas personas encuentro en mi camino, aunque no sea más que para procionar emociones.

Ocurre con las presentaciones que en muchos casos, más perjudican que favorecen.

Imaginan ustedes que el ministro ó el personaje N. es moreno, alto, con patillas en forma

de entrecot, y se encuentran con que es rubito y pequeñito y apañadito.

La opinión que habíamos formado *á priori* se modifica, y aun suele mudarse completamente en sentido contrario al primitivo.

Se figuraban ustedes á un autor romántico vestido con talma y con el cabello suelto hasta la mitad de la espalda, como un *Magdaleno*.

Resulta que no se deja el hombre más que las orejas, que usa el pelo á flor de tierra y que disfruta de una barriga desmesurada, como un jubilado del ramo de mataderos.

¡Cuántas veces nos engaña la fantasía!

Cuando yo ví el retrato de Victoriano Sardou creí que habrían equivocado el epígrafe.

Este caso no hubiera sido nuevo.

Ya he tropezado con una revista que publicaba monos, y en un número ofrecía al público una tinaja encontrada en los terrenos de un ferrocarril al practicar un desmonte, y al lado de la tinaja un retrato de hombre que parecía un modelo de llamador para puerta grande.

Y debajo del retrato se leía:

«Tinaja fenicia, encontrada...» etc.

Y debajo de la tinaja:

«Retrato del excelentísimo señor...» etc.

Entre nuestros hombres políticos hay bustos que parecen otra cosa.

El desencanto para la persona que ha embelecido en sus ideales á un hombre ó á una mujer notables suele ser terrible al ver un retrato ó al ejemplar auténtico original.

En otras ocasiones es muy agradable la sorpresa.

Cuando las personas á quien presentan algún artista de buena reputación pertenecen á la honrada clase rural, no pueden contenerse éstas en los límites de la conveniencia social.

Resulta aquello que pinta en una obra cómica antigua un eminente autor.

—¿Conque usted es el gracioso? preguntan al actor cómico los vecinos de un lugar.

Y sueltan el trapo á reír, lo mismo que harían si lo vieran voltear en los cuernos de un toro.

Las presentaciones caseras del género de *cársiles* y *segismunda* son dignas de la caricatura.

—Señora, tengo el gusto de presentar á usted y á sus preciosas niñas, á mi amigo N. N., pianista aventajado y aspirante de la clase de graciosos, digo, de gratuitos, en una dependencia del Estado.

—Con muchísimo gusto, y nos creemos muy honradas, y mi esposo también...

—El honrado soy yo.

—Gracias.

—¿Y toca usted algo del maestro Arrieta?

—Señora...

—No, mamá, déjale que nos toque la *Horma*.

¡Qué furor de presentaciones!

Uno nos presenta un recibo para cobrar.

Otro nos presenta una cuestión para que le aconsejemos.

Se nos presentan las calenturas, los granos, los ingleses, las ocasiones para extraviarnos, á pesar de nuestra inocencia.

En cambio no nos presentan á quien queremos ni lo que queremos.

Pero en materia de presentaciones ninguna como las caseras del género antes indicado.

¡Qué ratos tan angustiosos pasan las familias que reciben y los caballeros que acuden al trapo y se dejan presentar!

EDUARDO DE PALACIO.

Noche de baile

Me gusta el baile con entusiasmo
¿por qué demonios lo he de negar?
Un vicio, tonto pero inocente...
tal es el baile de sociedad.

Con que, si quieres, hoy, á las doce,
poquito menos, poquito más,
vendré á buscarte para que juntos
nos internemos en *El Floral*.

Dejé reparos y aquella noche,
cediendo á ruegos de la amistad,
cambié mi traje, salí de casa
sin más deseos que el de bailar.

Al poco rato, cuando en la sala
de un wals de Metra sonó el compás,
dejé mi asiento y á una muchacha
de lindos ojos la fui á invitar:
—¿Usted acepta?... —Yo bien quisiera;
pero hace poco que mi papá
me ha prohibido que acepte el brazo
que se me ofrezca para bailar.

—Usted dispense!.. ¡Bonita plancha!

¡como principio no sale mal!...

¿Y usted tampoco?—Lo siento mucho,
porque es el caso que aquel galán
ha poco rato que me ha pedido...

y el desairarle...—¡No quiero más!...

¿En que consiste que todos bailan

y yo no puedo marcar un wals?...

¡Se me figura que soy el blanco!...

¿Y usted, señora?...—No sé bailar.

—¡Nada!... lo dicho... ¿Y aquella rubia

de traje blanco?... ¡Vamos allá!...

—¡Estoy rendida completamente

y es imposible!...—¿Qué atrocidad!...

Unas no saben, otras no quieren,

otras que acuden por figurar...

¡Valiente noche!... ¿Y á todo esto

le llaman baile de sociedad?...

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

EXPOSICION DE BELLEZAS, por *Escaler*



BELLAS ARTES, POR ESCALER



ARDORES PRIMAVERALES

(Cuadro de Maffei.)

Los sainetes del amor

—¡Pepe!

—¡Chico! venga un abrazo! te creía muerto...

—Te lo hubiera escrito.

—¿Qué es de tu vida? pareces enfermo...

—¿Como que lo estoy!

—¿Qué tienes?

—¿Qué tengo? ¡ay, una mujer que *se me declaró* hace un año; al principio no hice maldito caso de esa *enfermedad*, debido á lo cual fué adquiriendo tal desarrollo, que acabó por pos-trarme en el lecho... nupcial.

—¡Vaya una enfermedad rara!

—Enfermedad crónica, porque mi mujer tiene muchos años, tantos, que creo que ya hablan de ella en la Historia Antigua, y amenaza perpetuarse como las momias de Egipto. Pero era rica; yo luchaba desesperado en el mar de la existencia con las amargas y encrespadas olas de la adversidad, sobre cada una de las cuales cabalgaba un *inglés*; veía lejos, muy lejos la playa salvadora; sentí un día que arrojaban sobre mis narices un anzueto de oro, y me dejé pescar miserablemente, con tal de verme en seco; floté en el aire, vivito y coleando, como incauto pececillo á quien mañoso pescador saca del húmedo elemento, y me ví en el bajel de la fortuna, mandado por una beldad... de á principios de siglo, que tuvo la poca caritativa idea de enamorarse de mí y de pedir mi blanca mano; resistí, luché como un héroe; ¡qué quieres! antes que ser pasto de esos monstruos llamados vulgarmente acreedores, preferí pasar las horcas caudinas del matrimonio, *horcas* de las que cuelgan los que no se casan por amor... y dispensa la metáfora. Ahí tienes mi historia. Y ahora, si quieres darme alguna carta de recomendación para el otro mundo, te lo estimaré, Pepe, pues pienso hacer ese viaje por agua.

—¿Qué quieres decir?

—Que me voy á echar de cabeza al río.

—¡No seas loco, y vuelve al lado de tu mujer!

—¡Horror! repito que prefiero el agua. ¡Como no he encontrado un amigo verdadero que me hiciese el obsequio de pegarme un tiro, rasgo de caridad al cual habría quedado muy agradecido... en el otro mundo, no tengo más remedio que suicidarme. Por otra parte, las elecciones todavía están lejos... y no puedo esperar tanto. ¡Palabra de honor!

—Lo que intentas es una simple majadería. ¡La vida es tan amable!..

—Sí, ¡pero mi mujer!.. ¿Por qué no habrá quien se dedique á extirpar los seres desdichados? ¡ya no hay caridad en el mundo!

—Todo tiene remedio. ¿No es rica tu mujer?

—¡Qué quieres, chico! por más dorada que esté, no puedo tragarme esa mujer-pildora.

—Pero en el mundo hay otras mujeres jóvenes y bellas...

—¿Y qué?

—Nada, que con tu figura y el dinero de tu mujer...

—Es que la pérfida padece de celos y me sigue á todas partes y se pone epiléptica en cuan-

to miro en casa á la sirvienta... y eso que las fámulas que gasta son más feas que el demonio. No hay que pensar en conquistas de ningún género, porque no dispongo de un céntimo. Es verdad que en el tortuoso y sombrío camino de la existencia ya no me asaltan en cuadrilla los *ingleses*, poniéndome la cuenta sobre el pecho, porque fueron exterminados todos por mi mujer con unos cuantos puñados de dorada metralla, quiero decir, de esterlinas; pero su generosidad no pasó de ahí, y me veo reducido á la triste condición de un caballero de solemnidad.

—Busca pretextos.

—Es desconfiada como toda mujer celosa y no hay pretexto que valga.

—Hazle el amor... puede que te cambie los besos por esterlinas.

—Pepe, si eres amigo mío, no vuelvas á proponerme semejante cosa, porque dudaré de la sinceridad de tu afecto, Pepe.

—¡Pues qué! ¿no te pide nunca besos?

—Sí, hoy, hace un momento... estaba toda sofocada y la ví muy resuelta á avanzar hacia mí con los ojos encendidos como brasas y los brazos abiertos... estábamos en el comedor y aca-bábamos de tomar chocolate... ¿comprendes? ¡chocolate! Yo, al verla tan... excitada, me levanté desfavorido de la silla y la dije:—¿Qué intenta usted, señora?—¡Ingrato! respondió con una mueca que en los labios de otra mujer sería una sonrisa de amor pero que en los suyos no pasa de ser un arcaísmo. Y agregó:—¿Por qué no me besas como en otros tiempos? la mujer necesita amor... ¡mucho amor!—Lo que necesita usted es salir á tomar el fresco, señora, dije yo, más muerto que vivo.—¡Hoy me siento más enamorada que nunca! ¡cómo late mi corazón! ¿no ves en mis ojos resplandores de incendio? ¡es mi alma que se quema! exclamó la infame dando otro paso hacia mí.—¿Por qué se empeña usted en tomar chocolate? ya sabe usted que el chocolate le hace daño, contesté, estremeciéndome de pies á cabeza. Pero se había *desbocado* y todas mis evasivas fueron inútiles. Hubo un instante en que sentí en mi rostro el fuego de su aliento... mi primer impulso fué abrir la ventana y pedir socorro...

—¿Y qué sucedió?

—Que comprendí que aquello sería dar un escándalo que me pondría más en ridículo y preferí ganar de un salto la escalera y buscar la salvación en la fuga. Y entonces ocurrió un hecho que me confirmó en una sospecha que hacia tiempo había concebido. Mi mujer, al verme huir, se lanzó tras de mí como una flecha despedida por el arco; en aquel instante el reloj de pared cayó pesadamente sobre la misma silla que había ocupado mi mujer. Si cae un poco antes la aplasta.

—¿Y qué sospecha era la tuya?

—La de que el tal reloj *atrassa*.

—¡Vaya una observación curiosa!

—¡Ay, amigo mío! la vida espera mi un verdadero drama.

—¡No, chico! no confundamos los géneros; eso no es drama; eso no es más que uno de los sainetes del amor, que en lugar de mover á lástima sólo provocan la risa.

—¿De manera que me he convertido en persona de entremeses?

—Lo que puedo decirte es que estás haciendo un papel muy cómico. Pero, dime, ¿estás resuelto á no volver al lado de tu esposa?

—Ya te he dicho que pienso arrojarme al río. —¡Mal hecho! Yo en tu lugar lucharía. ¿No tiene tu mujer amigas?

—Sólo la visita una señorita del año quince, cuyo único placer consiste en decapitar honras ajenas en el tajo de la murmuración... Es la única que entra en casa, porque los celos de mi mujer se echarían como perros dogos sobre cualquiera de rostro agraciado que quisiese cultivar sus relaciones.

—¿Y la doncella?

—¿Qué doncella? querrás decir la sirvienta...

—¡Eso es!

Es otra vieja. Desengáñate, Pepe; en casa no se ven más que ruinas de mujer. Así la mía cree tenerme seguro en el redil de la fidelidad. Salgo de casa con ella, visito á mis amigos con ella y me voy á afeitar con ella. La veo desde que abro los ojos hasta que el sueño me los cierra. Verdad es que no me deja tranquilo ni en el misterioso país de los sueños, donde nuestro espíritu pasa las noches y en el que sigue abrumándose con sus amores arcaicos y sus celos insoportables. Su pasión es un verdadero anacronismo: un error de época.

—Ya veo que es tu eterna pesadilla.

—Pesadilla no, Pepe, sino *pesadísima*! Yo

creí encontrar en ese matrimonio una palanca que me permitiera remover y levantar los obstáculos que embarazaban la senda de mis aspiraciones; deslumbrar á las mujeres con mis dorados trenes y hacer rabiar de envidia á los hombres con mis hermosas queridas, pero todos mis planes se han venido al suelo; mi mujer no suelta un céntimo, y por añadidura está enamorada de mí con el entusiasmo de una mozueta de quince años. ¿Es esto un castigo del cielo? puede ser; pero bien podía el cielo haberme conmutado esta pena por la inmediata... ¡la horca! Me casé por interés, creyendo ser libre y feliz, y hoy me veo encerrado en la cárcel de un hogar sin encantos ni poesía y víctima del amor de una vieja. ¡Y hubiera sido tan feliz en brazos de otras mujeres jóvenes y hermosas! A veces me enojo conmigo mismo, Yo me creía un hombre honrado y veo que soy un mal hombre... ¡Compadéceme, Pepe!

—Tu mujer es capaz de morirse de disgusto, si te suicidas.

—¡Calle! ¡pues no había caído en ello!... entonces no me tiene cuenta, porque seguiría persiguiéndome en el otro mundo.

—Lo mejor es que vuelvas á tu casa.

—¡No, Pepe! lo mejor es huir lejos de mi mujer, aunque vuelva á ser juguete de las olas del mar de la vida, y aunque vuelvan á perseguirme los *ingleses*... ¡Ellos, al menos, no aman á nadie!

CASIMIRO PRIETO.

El reo

—«Piedad os pido, señor!
¡Piedad para un hombre honrado
que fué hacia el crimen, llevado
de tristeza y de dolor.

Si pensais por un momento
lo que es un hogar vacío
y un sér que gime de frío
y de falta de sustento;

si, por más pena, le dán
la de un hijo moribundo
que se despide del mundo
pidiendo á su padre pan;

si á desgracias tan terribles
y á tan tremendos horrores
se unen aún otros dolores
tan cruentos y tan horribles,

¡no lo dudeis, es fatal!
ante tal situación
siempre tiene el corazón
instintos de criminal.

Por eso os pido clemencia.
¡Compasión al desgraciado!

¡Piedad para un hombre honrado!
que os deberá su existencia!»

Y, mientras con duro acento
el defensor así hablaba,
el pobre reo ¡lloraba
amargamente en su asiento!

Advirtiéndole el defensor,
vió en ello un nuevo recurso,
y empezó á dar al discurso
un tono conmovedor.

—¡Ah! teneis, emocionado
decía, la mejor prueba!
Ese llanto me releva
de demostrar que es honrado.

No es llanto, señor, que ahora
bebe en el cáliz que apura;
es un llanto de ternura,
jes la inocencia que llora!

Veidle, llorando se sacia
del dolor que se le brinda.
¡Infeliz de quien se rinda

al peso de su desgracia!

¡Pobre del reo, señor!
¡Pobre del... Y el reo en tanto
segua entregado al llanto
más vivo y desgarrador.

Cansado ya, puesto en pié,
y con tono vehemente,
dijo al reo el presidente:
—A ver, ¿por qué llora usted?

¿Usted ha creído acaso
que esas lágrimas le eximen?
Eso al cometer el crimen;
ahora ya no viene al caso.

Se alzó el reo y un momento
contemplando al presidente,
respondióle humildemente
con entrecortado acento:

—Señor, repare en mi estado...
Lloro... ¡perdóneme Usia!...
lloro... ¡porque no sabía
que fuera tan desgraciado!

ANSELMO GUERRA.

BUZERIAS



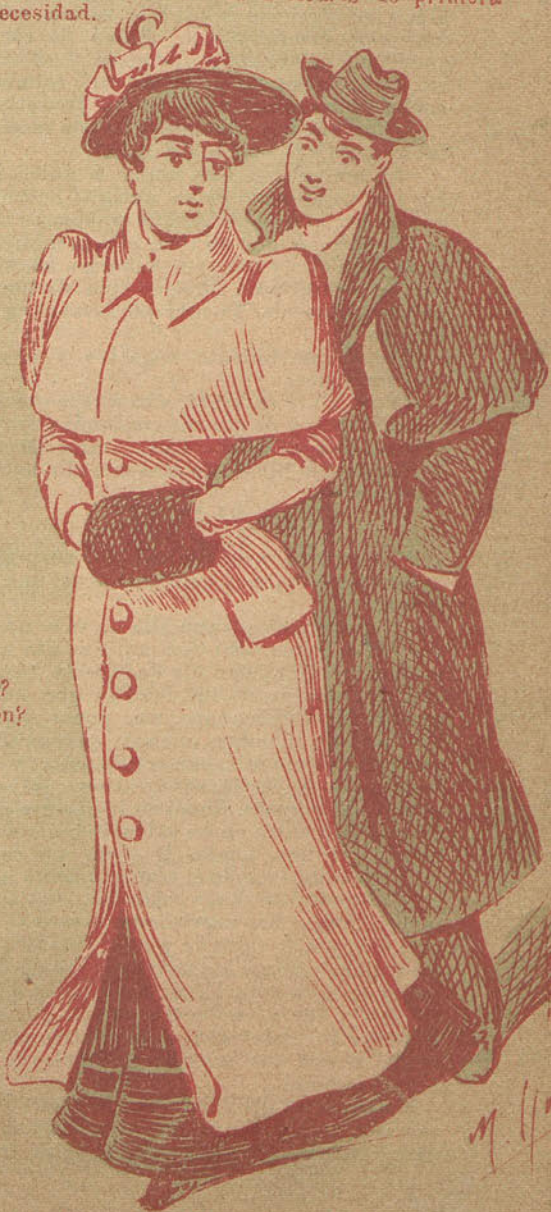
— ¡Oye, zopenco! ¿porqué no saludas á tu superior cuando pasa? Yo soy marino y tú no eres más que un sub-marino. ¿Estamos?

QUISICOSAS, por M. Gonzalez



— Estamos de enhorabuena, hija; he leído que se van á encarecer los artículos de primera necesidad.

La señora doña Ramona.
Taleguilla de Talegón,
¿Quién dirá que es una persona?
¿quién dirá que no es un colchón?



Adiós, Arturito. Cuento con V. para jugar
juntos en la lotería de Navidad.

— Haga V. el favor de retirarse.
Me molesta el olor á pelotas, de su imper-
meable.

El amante de su mujer

Me arrojé sobre él, le arrebaté el revólver que empuñaba en la diestra y le dije:

—¿Estás loco?... ¿qué motivos tienes para atentar á tu vida?

Y él me contestó tristemente:

—Soy un perdido; un infame... No tengas piedad de mí. Si no hubiera causado más que mi desgracia, tendría valor para soportarla; pero el dinero que he gastado desde hace dos años—¡más de un millón!—pertenece á mi hijo, que hoy tiene edad para pedirme cuentas, y á mi hija, que de seguro se morirá de pesadumbre, porque siendo pobre, tal vez no pueda casarse con el hombre que adora. Los reproches de mi hijo y las lágrimas de mi hija, serían para mí martirios insoportables. Antes de escuchar aquellos y de ver éstas, primero prefiero morir. Es la consecuencia lógica del crimen que me ha hecho cometer esa mujer funestísima...

—¿Con que hay una mujer de por medio?—le interrumpí.—¡Ya me lo figuraba!

—Sí, amigo mío. Una mujer á quien los años han arrebatado ya su antigua hermosura; una mujer que se pinta, que trabaja en el Circo Hipódromo, que no tiene el más mínimo resto de dignidad y que, sin embargo, ha sido lo bastante hábil para comerse una fortuna que no me pertenecía. Yo creí que estabas enterado de todo.

Hice un movimiento negativo y él añadió con voz opaca:

—Pues yo te enteraré, aún á trueque de que te horrores y de que me confundas contu desprecio... Esa vil criatura es... mi esposa... ¡la madre de mis hijos! Me casé con ella hace veinticinco años.

**

Hice un brusco movimiento de sorpresa. Él aparentó no fijarse y continuó tras una breve pausa:

—Cuando me casé con ella no vi ó no quise ver sus defectos. Me fijé únicamente en que era bonita. El mismo día de la boda tuve ocasión de observar ciertos detalles que hubieran servido indudablemente para poner en guardia á otro hombre menos enamorado que yo. Sus ojos me miraban con descaro y de su boca salían impertinentes frases y equívocos de muy dudoso gusto. Entró en la cámara nupcial como quien entra en un salón de baile ó en el comedor de una fonda. De esto me convencí más adelante, cuando el trato continuo me obligó á observar un día, y otro día, sus torcidas inclinaciones. Sus caprichosos deseos se resentían siempre de falta de pudor. Gustábanle extraordinariamente las novelas y las obras teatrales en que abundaban los chistes de color subido, y tenía verdadera pasión por el lujo. Pero yo la idolatraba, y al decirte esto creo inútil añadir que fui todo lo débil que puede ser un hombre...

Para que mi debilidad desapareciera fué preciso que una noche la encontrara en mi gabinete, sentada sobre las rodillas de mi criado...

Tuve un arranque digno y la arrojé de mi casa no sin darle antes una cantidad que la librara por algún tiempo de los horrores de la miseria. Después de esto y durante los primeros días, sufrí terribles accesos de cólera... Estaba pesado de no haberla estrangulado... ¿Querrás creer que mi furia se convirtió en desesperación al saber que se había ido á Buenos Aires con una compañía de cómicos de la legua?

Calló mi amigo por breves instantes y luego añadió:

—No puedes figurarte el efecto que tal noticia me produjo. Olvidé la mancha que aquella mujer impúdica había echado sobre mi honor para acordarme solamente de que no estaba á mi lado, de que no me era posible contemplar sus miradas ardientes, sus gestos provocativos, sus actitudes voluptuosas... El tiempo pudo al fin devolverme la tranquilidad, después deirme arrancando uno á uno los arraigadísimos recuerdos de mi pasada dicha. El cariño de mis hijos llenó por completo mi corazón. Para las heridas del alma no hay bálsamo más maravilloso que el que se desprende de una caricia filial. Gontran se iba haciendo un pollo, Juana creciendo y en nada se parecía á su madre. Acordábame algunas veces de esta desventurada. ¿Qué habría sido de ella? La casualidad, la fatalidad mejor dicho, se encargó de responder á mi pregunta algunos años más tarde. Fui una noche al Circo Hipódromo, porque me habían elogiado mucho el mérito de las artistas que acababan de debutar, y la ví haciendo ejercicios que el público premiaba con aplausos frenéticos... Puedo asegurarte que no me impresioné... Acordándome de que era necesario que estampara su firma en ciertos documentos que harían falta á mis hijos el día en que se casaran, me enteré de las señas de su domicilio y á los pocos días fui á verla, completamente seguro de mi desamor y de mi frialdad... Somos unos estúpidos, amigo mío, somos unos mandrias.

—Lo serás tú,—repliqué.

—Tienes razón; lo fui en grado superlativo. Al verla á mi lado, al contemplar de nuevo aquellos ojos picarescos que tantas y tan dulces sensaciones me habían hecho experimentar, los recuerdos del ayer se apoderaron por completo de mi imaginación. Estaba vieja y fea, y me pareció joven y bonita... ¡Desgraciado de mí! Me marché de su casa sin hacerla firmar los documentos, sin decirle siquiera á lo que había ido.

Al día siguiente la volví á ver... y la ví ya todos días, y fui tan miserable que la propuse olvidarlo todo y devolverla el honrado nombre que ella había escarnecido... Ella rechazó mi proposición. La vida matrimonial le repugnaba. Prefería ser libre como el pájaro. A su vez me propuso que nos viéramos con toda la frecuencia que yo quisiera; que fuéramos dos buenos amigos... ¿Qué hubieras hecho tú al oír tan cínicas manifestaciones?... Escupirla en el rostro y salir de allí para no volver nunca ¿verdad? Pero tú no la amas; tú no sabes hasta qué punto es irresistible la mirada de sus ojos negros... Ocho días después, yo, su marido, su víctima, su acusador... me había convertido en su amante. Esta humillación, esta vergüenza, este oprobio, han durado dos años. He ido des-

cendiendo rápidamente por la escala de la degradación. No puedes sospechar las locuras, las bajezas, las indignidades que he cometido por esa mujer... Basta decirte que se la he disputado á los gomosos, á los gimnastas, á los clowns, dándola continuamente dinero para que se mostrara indiferente con todos menos conmigo; que he gratificado con esplendidez al director de la compañía siempre que en tal ó cual pantomima nueva se le antojaba á ella representar el papel de más importancia; que he pagado todas sus deudas, que he derrochado el oro para satisfacer sus extravagantes caprichos. Dos años de este género de vida me han arruinado por completo, me han perdido, me han encanallado. ¡No me quedan ya fuerzas para despreciarme!

**

—Escucha—le dije al observar que callaba ocultando el rostro entre ambas manos—cierto

es que estás en el abismo de la vileza, pero aún puedes salir de él y regenerarte. El mismo amor que profesas á tus hijos, tu insaciable afán de verlos dichosos, entrarán por mucho en esa regeneración.

Entonces él alzó la cara que estaba horriblemente descompuesta, y exclamó con acento ronco y tembloroso:

—¡Imposible!... ¡imposible!... Lo que te dije al principiar mi relato... fué una mentira. ¡Si quiero matarme no es por dejar de oír los lamentos de mi hija y los reproches de mi hijo... Si quiero matarme es porque ayer, cuando vió que no la podía entregar ni una sola moneda de oro, ella, la mujer infame, tuvo valor para cerrarme la puerta, despidiéndome, arrojándome de allí con una estrepitosa y burlesca carcajada... Y es preciso que te confiese que no puedo vivir sin ella... No puedo... ¡no puedo!...

CÁTULO MENDES.

BOTICA

Riñeron en Granada la otra noche dos del gremio civil de policía y á separarlos fué junto con su hijo su jefe nato que reñir los *via*. Ellos, es claro, han resultado heridos y el jefe y su hijo están con cardenales. *Todos hacen lo mismo, dijo el cura...* ¡Si son más animales!

De un diario local:

«En el paseo de la Industria le fué arrebatado ayer de las manos un pavo á una señora que lo había comprado con destino á su casa, y que no pudo apercibirse hasta que el chico que se lo robó no estaba ya á su alcance.

Dió parte á la policía, pero á pesar de sus pesquisas infructuosas, el pavo no pudo ser habido».

¿No? Pues, mire Vd.: yo me permito creer que ha habido pavo para la señora que se quedó sin él, pavo para el que se lo llevó, para la policía que no pudo atraparle y hasta si me apura Vd. mucho, para el que lea la noticia y para el que la escribió, así, tan....

¡Vamos, que todo me huele á mí á pavos!

En Zaragoza está haciendo la mar, el Ebro de ruido (que según dicen allí es bastante más *largoico*) el doctor Sequah... un doctor que cura con su específico todos los males del mundo secretos y conocidos. Hay opiniones, hay bandos,

y algaradas, y silbidos y hasta las autoridades se han metido ya en el cisco, porque huele aquello á palos y se temen un conflicto. ¡Y todo, según yo sé porque un baturro se dijo: —Pa ver si lo cura todo ti de romper el bautismo!

BUZON

Agur. Bilbao.—Conque

«Que en tu frente de nácar
renace el alba
y en tus cejas de alpácar
la noche es salva?»

Usté sí que, como poeta, necesita una salva de cañón; pero pegadito á la boca y... y con bala.

A. H.—Pero, hombre! ¡Si á esa décima *no le falta* mas que tener trece ó catorce versos!...

Silos. Madrid.—Silos... Silos... No los publico.
J. F. López.—

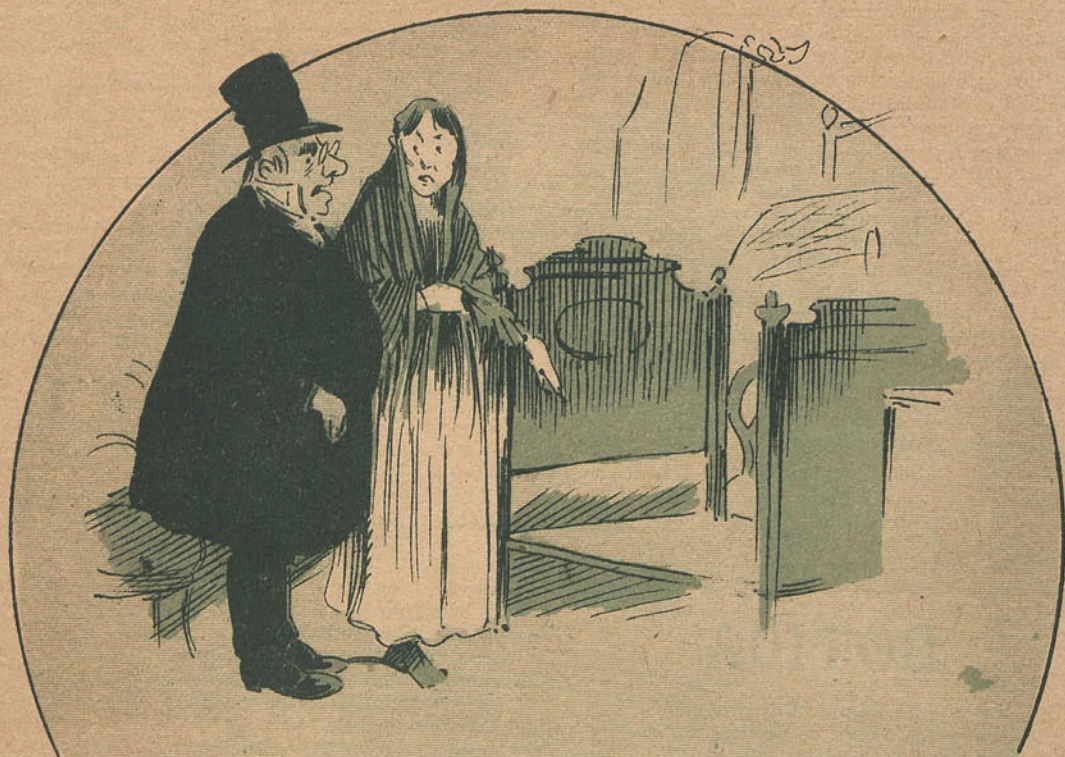
Hamé dado en la nariz
olor á *copisteria*...
y aunque me hiciera feliz
no se la publicaría.

G. H. San Sebastián.—Pero ¿qué sacan ustedes de ofrecermé trabajos, y decirme que les conteste, sin mandar muestra? ¡Si yo no admito nada si no es á cala!...

Danzarin.—Si sigue usté poniendo en una cuarteta cuatro asonantes seguidos, mas vale que se dedique usté solo al baile.

En el número próximo seguirá el baile.

DULCES RECUERDOS....



Me gusta entre todas
la de matrimonio.
—¿Te acuerdas, Teclita?
—¿Te acuerdas, Antonio?

LA MOSCA BLANCA

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles y colaboran en él
los mejores escritores y los más
renombrados dibujantes

PRECIOS DE VENTA

Número suelto.	15 céntimos.
„ atrasado.	25 „

ADMINISTRACION:

CALLE DE FORTUNY, NÚM. 13, ENTRESUELO